

recogiendo sus abundantes méritos para formarle un eterno tesoro!

Si, libro mio! anda, vuela, y si alguna de tus páginas enjuga una lágrima, si alguna de tus narraciones endulza una pena, y conforta una alma, una siquiera, ¡bendito seas libro mio, porque mi regocijo sería delicioso y magnífica mi recompensa!»

Irapuato, 26 de Noviembre de 1897.

Sabino Chávez, Pro.

Vida de la bienaventurada Liduvina.

CAPITULO I.

NACIMIENTO DE LA NIÑA.

Una familia pobre y dichosa.—El venerable abuelo.—La Misa del Domingo de Ramos.—Liduvina.—Fiesta bautismal.—Triste y glorioso presagio.

HACIA el fin del siglo XIV, en una pequeña ciudad de la Holanda meridional, casi sobre las agradables riberas del Musa, y no muy distante del lugar en donde este rio se pierde en el mar del Norte, en Squidam, vivían dos esposos, Pedro y Petronila, entrambos muy apreciados de sus conciudadanos.

Pedro y Petronila eran nobles; el primero contaba entre sus abuelos algunos nombres célebres; pues algunos de sus antepasados habían portado valientemente la espada. Mas á esta nobleza de la sangre se unía en los dos esposos otra nobleza mucho más augusta; decaídos del esplendor de sus familias, habían comprendido la nobleza de la pobreza, de una pobreza dignamente aceptada, y santamente glorificada por el trabajo y por la piedad, es decir, de una pobreza sinceramente cristiana.

Y en verdad, los dos esposos eran muy pobres, tan pobres que todos sus bienes consistían en una peque-

ña casa, y ellos y los cuatro hijos que Dios hasta entonces les había dado, subsistian de un rudo y constante trabajo. Mas en cambio, juntos oraban, esperaban y con toda su alma amaban á Dios; le bendecían y observaban lo mejor que podían sus adorables mandamientos, encontrando aun en su indigencia el secreto de hacer en su nombre algún bien en torno suyo. Y es preciso confesarlo: tal vida por humilde que parezca, es simplemente la grandeza de alma, sobre todo delante de Dios, es la santidad, y por consiguiente es siempre la dicha.

Por lo demás, nadie se admiraba de esta piedad, pues se sabía en Squidam, que la virtud era hereditaria en esta familia patriarcal, que la piedad se encontraba allí en todas las edades como una tradición siempre viviente, y como un patrimonio para siempre inalienable. Así es que durante largos años en la pequeña ciudad todos habían conocido y amado á un venerable anciano, padre de Pedro, Buen anciano en verdad! Todos gustaban verle cuando pasaban por la calle con su corona de cabellos blancos, con su rostro tan grave y al mismo tiempo tan dulce, y con sus noventa años! Sobre todo se le admiraba cuando se pensaba en su vida íntima, pues éste anciano más que octogenario, hacía más de cuarenta años que observaba la más rigurosa abstinencia; ayunaba tres días á la semana, y los sábados á pan y agua. En la Iglesia era muy edificante, ya sea que se le viese en su pobre asiento recogido en una oración siempre prolongada, ó ya asistiendo al adorable sacrificio, ó sea que viniese á arrodillarse al tribunal sagrado de la penitencia, ó que se presentase á la santa mesa á donde gustaba tanto llegar muchas veces, por todas partes aparecía como transfigurado por el amor, y habríase dicho que

era ya un habitante de la ciudad eterna. Así, los más piadosos le tenían envidia y todo el pueblo le veneraba como á un santo.

Tal era la familia en cuyo interior vamos á penetrar. Parecía que Dios la había escogido para algún gran designio, ó mas bien que su Majestad se preparaba á recompensar su fidelidad; porque en esta familia, bajo ese pobre techo, iban á cumplirse grandes maravillas. . . . y el momento de ello había llegado.

Un día, Petronila, queriendo asistir á los divinos Misterios, se fué á la Iglesia, y esto pasaba en un domingo, el domingo de Ramos del año de salud de 1380. La pobre mujer andaba con gran trabajo, y aunque no creía su hora aún llegada, pensaba en su próximo alumbramiento y estaba triste, pues los cuatro hijos que había tenido le habían costado largas é increíbles torturas, y aún su vida cada vez se había visto en gran peligro, y este doloroso recuerdo muchas veces venía á llenarla de horror! Y entonces, con qué fervor pedía á Dios, que en todo era su refugio y su esperanza, que la hiciese esta vez más dichosa, y que tuviese compasión de ella y de sus hijos.

Al llegar á la Iglesia, había ocupado su lugar acostumbrado. Ya comenzaba el canto del Evangelio. . . . Repentinamente se levanta, sale del templo, vuelve á su casa. . . . y un instante después una hija le había nacido. Gloria á Dios! Su Majestad se había mostrado bueno! Nada de peligros, casi nada de dolores. Esta vez no hubo más que gozo, un gozo inmenso en la pobre casa! Y algunas horas más tarde, la niña era llevada al templo del Señor, y el agua del bautismo regeneraba su alma, poniéndosele el nombre de Liduvina. Era un ángel de bendición que la tierra acababa de recibir del cielo. Más ay de mí! apenas estaban

de vuelta en la casa, cuando toda esta fiesta bautismal se miraba turbada; una triste revelación acababa de hacerse y el dolor se había deslizado en esta cuna aun tan reciente, la inocente criatura parecía entregada á un horroroso martirio, pues se la veía, dicen sus historiadores contemporáneos, estremecerse en sus mantillas como si estuviera bajo de garras de hierro. ¿Cuál sería este mal misterioso? ¿de donde venían esas torturas cuyo espectáculo espantaba? La pobre niña daba unos gritos que desgarraban el alma. Todos lloraban en torno suyo, y se preguntaban, ¿qué quieren decir esos precoces tormentos? esta niña será una tierna víctima? ella será quien deberá beber el caliz, perdonado á su madre? ella será quien debe sufrir los dolores que á esta le han faltado?

Sin duda nunca conviene apresurarnos á atribuir á un accidente, á una palabra, á una coincidencia, tal ó cual significación que esas particularidades las más veces están lejos de tener; mas hay á veces en ese accidente ó aun en ese simple nombre algo de misterioso, cierta especie de secreto inefable que nos vemos tentados á sondear, presintiendo como la revelación de todo un destino! Es extraño, ó mas bien providencial, y no queremos dejar de observarlo, cómo Dios ha querido mostrar sus designios desde el primer día en nuestra niña.

Lidavina viene al mundo el domingo de Ramos, en el día mismo en que la Iglesia nos hace la narración de los dolores de Cristo, y en el momento preciso en que se está cantando en la misa parroquial la lamentable historia de la pasión de un Dios. ¿No venía á ser esto como una profecía, y como el presagio de esta vida que no debía ser mas que un dilatado viage por el camino sangriento del Calvario?

Y ese nombre que se le pone, esa palabra Liduvina que en lengua germánica quiere decir *paciencia sin límites*, palabra elocuente que manifestaba tan bien toda la futura grandeza de nuestra santa ¿no diríamos que es Dios mismo quien le ha dictado á sus padres para hacer brillar sus designios, como fué Dios mismo quien en otro tiempo por medio de su ángel llamaba *Juan*, es decir *gracia*, al santo precursor del Autor eterno de toda gracia, ó quien daba á la que debía ser la Madre Inmaculada del Redentor de los hombres el nombre de María, ese nombre inenarrable rico de tantos tesoros, y que explica tan maravillosamente su gloria y su martirio, sus abatimientos y su soberanía?

Pues he aquí esta niña que sufre ya y que sufre en cierto modo milagrosamente, al lado, ó mas bien podemos decir, en lugar de su madre, milagrosamente libertada. Y desde luego nos aparece marcada para ser de allí en adelante como una víctima de propiciación.

Como quiera que sea, y si no hay un presagio divino en ese canto de la pasión, y en ese nombre dado en el bautismo, en esas primeras torturas de la cuna; digámoslo no obstante: dolor, paciencia, inmolación, he aquí el fondo, (como veremos bien pronto,) de toda la existencia de nuestra santa; tal es el resumen de su misteriosa vida.

¡Cuántos misterios ocultos en una cuna!
 ¡Cuántas obligaciones encerradas en nuestro bautismo! Obligaciones dolorosas, en verdad, pero misterios de gloria si somos fieles á lo que Dios nos pide!

CAPITULO II.

INFANCIA DE LA NIÑA.

Una madre cristiana.—Progresos de Liduvina.—Su piedad para con la Santísima Virgen.—Milagro de una imagen de María y veneración que inspiraba.

LIDUVINA comenzaba á crecer, y era como la rosa que crece en medio de las espinas. A pesar de los dolores que habían invadido su cuna, ya se desarrollaban en ella las gracias de la niñez, esas gracias infantiles, que son reflejo de una alma serena como un bello cielo, gracias que siempre tienen tantos encantos y que por lo mismo ocultan muchas veces tantos peligros, que el amor de los padres puede dejarse deslumbrar con ellos, y su vanidad ciega puede echar á perder tan preciosos tesoros! Mas ya se habrá comprendido, que los padres de Liduvina, tan fieles en el cumplimiento de sus obligaciones, se guardarían bien de descuidar el más serio y el más decisivo de los deberes de la paternidad, que es el de la primera educación de sus hijos.

Apenas el alma inocente de la niña comenzaba á entreabrirse, cuando su dichosa madre considerando el alma de su hija como un santuario en el que quería hacer descender á Dios y elevarle un trono, iba dulcemente, poco á poco y como gota á gota haciendo penetrar en ella la luz de la fe y vertiendo el aroma de la piedad.

Esto era para la piadosa mujer una cosa sencilla y muy fácil. Entregada toda á las exigencias de un tra-

bajo incesante, no tenía tiempo para conversaciones inútiles; mas tratándose del deber para con sus hijos y con su pequeña Liduvina, sabía siempre encontrar tiempo á propósito. Aunque no tenía ni lo que llamamos talento ni ciencia, pues que era una obscura y humilde mujer, más como cristiana y como madre, contaba con su fé y con su corazón que era lo que bastaba para su hija. La tomaba sobre sus rodillas y á través de sus besos maternos, en ese lenguaje infantil tan gracioso, tan elocuente que las madres saben tan bien, le hablaba del Dios que tanto ha amado á los hombres, y á quien los hombres por todas partes llaman el Buen Dios.

La vista de un árbol, de una planta, de una flor, de una fruta, del arroyo que corría en la pradera, de la avecilla que gozosa cantaba en los aires, ó de la estrella que brillaba en el firmamento, ó bien de la imagen toscas y ahumada que colgaba en la pared, ó más bien del Crucifijo que adornaba la chimenea, todo era para ella un libro que le abría y le explicaba, y en el cual la niña iba aprendiendo á leer las maravillas de la sabiduría, del poder ó de la bondad de Dios, un libro sobre todo, del que hacía brotar admirables lecciones de reconocimiento y de fidelidad.

Con semejante educación la niña menos dispuesta se hubiera hecho piadosa; Liduvina se volvió un angelito. Su espíritu se iluminaba con las verdades de la fé que aprendía y casi adivinaba, y al mismo tiempo su corazón se abrazaba en amor. Nada tan conmovedor como este fervor en la tierna niña! Sus padres y hermanos admirábase, cuando en la oración de la tarde que siempre se hacía en familia, la veían arrodillada en medio de ellos, orando con ellos y por ellos, con sus dos manitas juntas y su dulce mirada vuelta

con amor hacia el cielo. Todos la miraban entonces con tanta emoción como respeto.

Echábase de ver sobre todo en esta piedad de la niña un rasgo más notable, y era su devoción para con la Santísima Virgen, Petronila con su fé y su razón había mirado siempre esta devoción como propia de las almas predestinadas, como una de las más saludables influencias que el soplo de una madre puede hacer desarrollar en el alma de su hija; y por eso había empleado un celo ardiente en inspirar este amor á Liduvina, y Dios lo había bendecido, porque la niña amaba y servía admirablemente á la Santísima Virgen!

Las oraciones, las imágenes, las solemnidades, los altares y todo cuanto hablaba de María, todo cuanto tocaba al amor de María, era para la niña Liduvina un placer y una dicha!

Había en Squidam, en una capilla de la Iglesia parroquial de San Juan Bautista, cierta imagen milagrosa de la Santísima Virgen cuyo origen conviene digamos aquí, ya sea porque la devoción á tan venerable imagen ejerció inmensa acción en toda la vida de nuestra santa, ya sea porque los historiadores á quienes seguimos, todos están acordes en mirar el prodigio que había traído esta imagen al lugar, como la preparación de tantas incomprensibles maravillas que debían más tarde bajo la mirada y por la intervención de María, glorificar á la humilde niña de la cual referimos en este momento la primera infancia y la sencilla piedad.

Poco tiempo antes del nacimiento de Liduvina, en un caluroso día del mes de Agosto, un extranjero había llegado á Squidam trayendo una hermosa imagen de madera, de la Santísima Virgen, y se le había visto dirigirse á toda prisa al puerto para hablar con el ca-

pitán de un navio que estaba para partir, después subir al navio, depositar con cuidado su preciosa carga, instalarse él mismo y esperar la hora de la partida. El viagero se dirigía á Anvers á cuya ciudad las fiestas de la Asunción atraían cada año un inmenso concurso, y allá se proponía poner en venta la piadosa imagen en la cual se había esmerado por hacer lúcido todo su talento con toda su fé.

Bien pronto, en efecto, se dá la señal de partir. Levántase el áncora, las velas se desplegan al viento, y los marineros se hallan en la maniobra . . . más, cosa extraña! la nave no se mueve! Por un instante el capitán cree que á la ineptitud de esos hombres debe atribuirse esa inmovilidad: su voz resuena en medio de ellos estridente é imperiosa; mas en vano los estimula, en vano el equipaje entero se une en un supremo esfuerzo. . . . Inconcebible inmovilidad! la nave permanece en su lugar, inquebrantable como una roca de granito en medio de las olas!

Era este en verdad, un espectáculo singular.

En la ribera, hombres, mujeres, marineros y simples paisanos, casi todo el pueblo había acudido, y al principio se oían algunos gritos gozosos! en seguida risas burlescas! algunas injurias y picantes palabras lanzadas á los desgraciados marineros! Mas bien pronto á todo ese tumulto, sucede el silencio. Cuando vieron á esos hombres robustos, con la frente bañada en sudor, haciendo increíbles esfuerzos durante una hora sin poder imprimir el menor movimiento á aquel navio hasta entonces tan fácil de manejar, el espanto se apoderó de todos los corazones y todos comprendieron que se verificaba allí un prodigio; los mismos marineros, ya casi sin fuerzas y desesperados no encuentran otra explicación de su impotencia. «Por San Willi-

brordo, exclama repentinamente uno de ellos, mostrando con el dedo la imagen de María, en verdad yo creo que es nuestra Señora y Reina la que rehusa alejarse de Squidam! Estas palabras llamaron la atención; acércanse á la imagen, examínanla y la admiran; uno de los marineros se inclina para levantarla, mas dos y tres veces lo intentan sin lograrlo, acude el escultor, júntanse hasta veinte hombres, y todos sus esfuerzos son impotentes! la admirable imagen queda inmóvil lo mismo que el navio!

Entonces pasó una escena indescriptible: «Milagro! milagro!» gritan á la vez tanto los marineros que se agitan en el puente de la nave como la multitud que agrupada á dos pasos, desde la orilla todo lo ha visto y comprendido. Milagro! sí! sí! es María nuestra Reina que quiere permanecer en medio de nosotros. La emoción llega á su colmo, la alegría, la fé, el reconocimiento, el amor, y todos los mejores sentimientos embriagan á la multitud. Los marineros declaran que no tocarán á un remo mientras la santa imagen estuviera dentro de la nave. «Dios nos guarde! dicen, nos expondríamos á la ira de nuestra celestial soberana, que ha manifestado tan claramente su voluntad!» Por su parte la multitud, ó más bien todo el pueblo de Squidam que había llegado á la playa, reclama del escultor á grandes gritos la maravillosa imagen: «Nosotros la queremos! nosotros la necesitamos! os daremos todo el dinero que exijais, pero queremos que la imagen quede con nosotros!»

¿Qué podia hacer el escultor? Trastornado, conmovido á vista del prodigio incontestable, del cual su obra es objeto, pálido y temblando de emoción, consiente en todo, y por obedecer á los gritos que le llaman, se acerca á la imagen hecha milagrosamente tan

pesada, se inclina, y ¡oh nueva maravilla!... como lo haría un niño con una pluma, la toma en sus brazos, y con paso ligero la lleva á la ribera, donde apenas ha puesto el pie cuando la nave, como por sí misma se aleja balanceándose sobre las olas, y gana magistuosamente el alta mar con inmensos aplausos del pueblo, que saluda con todo el transporte de su fé al navio que se va y á la milagrosa imagen que le viene!

Inmediatamente comienza una de esas admirables fiestas que el arranque popular sabe tan bien improvisar. Una procesión se forma y la imagen de María es llevada en triunfo; y el pueblo, las personas notables, los sacerdotes, todos le hacen cortejo aclamándola con los cánticos más entusiastas; incomparable es la ovación hasta la Iglesia parroquial, en donde un lugar de honor se le prepara desde luego.

Desde entonces se tiene una tierna y sincera devoción á esta imagen y se instituyó en su honor una cofradía cuyos miembros debían esforzarse en dar el ejemplo de las más altas virtudes, establecióse la práctica de acudir todas las tardes á cantar las letanías de María, ó la Salve Regina, ó algún otro cántico compuesto en su honor!

¿Qué necesidad hay ahora de decirlo? bajo la inspiración de ese recuerdo aún reciente, y de esta devoción popular aun llena de vida, á la narración del maravilloso prodigio que mil veces sin duda le haría su piadosa madre, el alma de Liduvina ya tan bien dispuesta, se fortificaba más y más, y su infancia se desarrollaba admirablemente en el amor de María, en la fidelidad á su culto, y en particular en una tierna veneración para con la imagen que la Reina del cielo se había complacido en glorificar.

Así, cerca de esta imagen y en la capilla, enrique-

cida con tal tesoro, complaciase en ir á orar; allí era donde se iba formando su verdadera educación; en este santuario, y delante de esta imagen bendita, bajo la mirada de la Virgen de las vírgenes y al soplo fecundo de su ternura de madre, era donde el corazón de la tierna niña se empapaba en la piedad antes de ensancharse, allí se iba formando dulcemente en el fervor ese gérmen de santidad que la fidelidad á la gracia debía mas tarde desarrollar tan maravillosamente.

¿No es verdad que en los primeros años, nosotros también amábamos con todo nuestro corazón á la Santísima Virgen? Cuán buenos seríamos si hubiésemos sido, ó si nos esforzásemos en ser más fieles á ese primer amor y á esa primera gracia!

CAPITULO III.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA.

Piadosa industria de la niña Liduvina para satisfacer su devoción á la Santísima Virgen.—La Santísima Virgen le sonríe.—Cómo piensan y hablan las mujeres mundanas.—Lo que responde una virgen cristiana.—Mérito apreciado.—Liduvina no quiere otro Esposo que á Jesús.

Es cierto que la amable niña no podía ir tantas veces como deseaba á orar en el santuario que guardaba todas sus predilecciones; pero aunque de tan corta

edad, ya desde entonces hacía en la casa, bajo la dirección de su madre, todo el trabajo que hubiera hecho una criada, y sus menores instantes estaban ocupados. Mas en cambio, Liduvina espiaba y hasta en sus mismas ocupaciones sabía admirablemente encontrar la ocasión de satisfacer su piedad. Todos los días á ciertas horas, debía llevar la comida á sus dos hermanos pequeños que frecuentaban la escuela; y á su padre y hermanos mayores que trabajaban en los campos, es decir, tenía que pasar varias veces por delante de su amada capilla. Ay! entonces era cuando formaba su plan con infantil astucia. Llegaba la hora, y con su cestito al brazo, se ponía en camino. mas daba gusto verla! Andaba aprisa, muy aprisa, lo mas aprisa que le era posible; no había ni amiga que pudiese detenerla, ni diversión que lograrse cautivarla, pues no quería otra cosa que ganar tiempo, y con el tiempo ganado concordar la obediencia á su madre con su devoción á la Santísima Virgen; y de esta manera, sin faltar á sus deberes, tanto de ida como de vuelta, siempre entraba á la iglesia, en la cual era verdaderamente de admirar, pues profundamente recogida como un ángel, con el mas tierno fervor decía y repetía la dulce Ave María, que era su oración favorita; y después, juntando la acción con las palabras, en pie delante de la imagen de la Virgen, y mirándola como si María en persona hubiese estado delante de ella, con gracia infantil la saludaba con un aire de indefinible ternura y salía de la capilla. Santa familiaridad, piedad ingenua, que debían agradar singularmente á la Reina de las vírgenes, y que le agradaron en efecto, porque bien pronto tuvieron su recompensa; ved aquí de que manera:

Un dia,—Liduvina tenía entonces siete años,—vol-

viendo de los campos como de ordinario, se hallaba en la capilla bendita, enfrente de aquel altar tan amado. Como de ordinario también repetía con todo su amor la salutación del Angel; mas repentinamente se detiene... como inmóvil de espanto... la piadosa niña ha visto una cosa inaudita! Sí, lo que mira es el rostro de María que se anima, y su mirada que brilla!... mira en sus labios la mas arrobadora sonrisa, una de esas sonrisas del cielo! ¡Oh delicias!... Inmediatamente, con esa sencillez de niña que no duda ni se engaña, Liduvina se levanta... sube las gradas del altar, y se aproxima, estiendo hacia María las manos y quisiera llegar hasta el corazón de la divina Virgen; háblale, dícele las palabras mas tiernas, llámala su Madre, su dulce Reina, su hermosa Señora... sus impetus eran como dardos de fuego, y sentíase muy dichosa porque María le seguía sonriendo!

Entre tanto, en medio de toda esa dicha el tiempo pasaba, y la hora huye velozmente. Liduvina piensa en ello de improviso. Ay! Dios mio, qué va á decir mi madre? no me irá á reprender? Y á toda prisa vuelve á su casa transportada, arrebatada, y con todo llena de inquietud! Su madre en efecto la recibió con aire severo, pues sobrecargada de trabajo había tenido que sufrir con su ausencia. De dónde vienes? le dijo secamente, dónde has ido á vagar y á perder el tiempo? —Madre mia, respondió simplemente la amable niña: no os disgusteis os lo suplico, y perdonadme. Oh! si supiéseis! Yo había entrado en la capilla para saludar... os lo aseguro, nada mas que para saludar al paso á mi hermosa Señora: Pues bien, ella me ha devuelto mi salud! Sí, la Virgen me ha correspondido con una sonrisa, pero era una verdadera sonrisa, una sonrisa tan dulce que me ha hecho dichosa, al grado

que ya no podía separarme de allí. Había en estas palabras tal acento de cándida fe y de dicha, que la piadosa madre conmovida no pensó mas que en bendecir á Dios por las esperanzas que le daba este prodigio, y en alabar á María que sonreie siempre al amor de sus siervos por las inefables alegrías con que se complace en recompensarlos.

Además esta piedad no era estéril, pues como toda piedad sincera y bien entendida era activa y práctica, y se transfiguraba en las obras. Así Liduvina se iba haciendo de día en día una niña admirable por su humildad, su obediencia, su respeto á la verdad, su caridad, dulzura, y angélica modestia, y por todas las virtudes cristianas que la adornaban; de suerte que á los doce años era ya un modelo de las jóvenes, y á los diez y seis tenía una admirable madurez y sabiduría.

En esa edad llena de peligros, cuando por todas partes se levantan en el alma de la joven como un brillo que la fascina, como una refracción deslumbrante que puede perderla, Liduvina carecía de esas vanas ilusiones. No sentía ningún atractivo por el mundo, ó mas bien con esa mirada que le daba un juicio exquisito veía al mundo en toda su realidad. Bajo de ese barniz brillante con que se adorna y bajo esas exterioridades tan seductoras de política, de afectuosa abnegación y de embriagadores placeres, como de felicidad y de grandeza, bien sabía ver y miraba lo que debajo se oculta, y lo que hay en el fondo de pequeñez y mentira, de egoísmo é hipocresía, de perfidia y horrorosa miseria sobre todo, y de odiosa corrupción á cada paso!

El mundo no era á sus ojos mas que un profundo abismo en el que es muy facil caer. ¿No veía ella al derredor de sí muchas jóvenes lanzándose á la vida con sus ensueños, caminar á su desgracia y á su ruina

indiferentes y fatuas por el camino de un mezquino placer ó de una imprudente unión? En consecuencia, ya había tomado su partido renunciando al mundo, á sus diversiones, á sus vanidades, á sus fiestas; ya había renunciado aun á sus reuniones y á sus conversaciones por inocentes que pareciesen. La oración y el trabajo, el retiro y los goces de la familia eran la vida que había escogido, y en la cual, juntamente con la dignidad, encontraba la calma y la dicha.

Y no obstante, Liduvina era una hermosa y amable joven que con los encantos de que estaba dotada, hubiera sido muy bien recibida en el mundo; y es preciso decirlo; los lazos no le faltaron, pues bien sea el instinto del mal, ó la cobarde envidia, el vicio siempre se ha deslizado y eternamente se deslizará oculto bajo las flores, gracioso y político en el paraíso terrestre de un corazón puro, para amontonar en él ruinas y sembrar la desolación. Venían pues algunas mujeres idólatras del mundo que sabían llegar hasta Liduvina, las que admiraban su juventud y sus gracias, exaltaban su hermosura, y alababan su virtud; mas añadían; que aun en el bien no conviene ser exagerado. "Vos vivís, (le decían), es necesario confesarlo, como encerrada en un sepulcro. ¿Por qué á vuestra edad, en la estación de las rosas, llevar esta vida tan austera y oscura? Ciertamente Dios no pide tales excesos! Así como á la flor le son necesarios el aire y el sol, del mismo modo á la joven para la expansión de los perfumes que el cielo le regala le es necesario el gozo, las recreaciones y los placeres... Y gracias á Dios los placeres legítimos no le faltan! Qué mal hariais vos por ejemplo reemplazando ese tocado tan sencillo por otro más elegante y por algunos adornos que tan bien os sentarían? Pues qué ¿sería un crimen presentarse á lo

menos algunas veces en una sociedad escogida, y en reuniones bien arregladas? En dónde, pues, estaría el peligro que tanto temeis? Vos teneis los principios de la religión y de la virtud: he aquí vuestra salvaguardia para vos; en cuanto á nosotras he aquí nuestros ángeles tutelares, con esto es la mujer invulnerable! Y así, sin peligro para vos, el mundo os vería mas á menudo, ya para admiraros y para coronaros en sus fiestas, ya para traer á vuestros pies con sus homenajes, riquezas y tesoros, en una palabra, para elevaros sobre esa humilde condición que no es la vuestra.... Ah venid!"

Así hablaban esas mujeres á Liduvina. Este era el antiguo lenguaje de Satanás á Jesús: Arrojaos del templo, pues nada arriesgais y teneis vuestros ángeles para guardaros! tal era la tentación en la cumbre de la montaña. Ved cuán bello es el mundo! ved esas fiestas, esos esplendores, esas coronas, esos reinos de la tierra! todo os lo daré si os arrodillais ante mí!

Y qué respondía Liduvina á tantas seducciones? Por toda respuesta, escondiase en la iglesia donde había sido bautizada, y en la capilla en donde la Virgen de las vírgenes le había sonreído, ó en su aposento á los piés de su Crucifijo; y allí arrodillada, derritiéndose en lágrimas exclamaba: "Dios mio! Dios mio! no, yo no quiero nada del mundo! yo no quiero ni amarle ni ser de él amada. Lo que quiero ¡oh Dios mio! es la dicha de guardar inmaculada la blanca ropa que me habeis dado en el bautismo! Ah! ocultadme, guardadme bien; sí, oh Dios mio, á vos ahora y siempre, á vos sólo es á quien yo quiero, á quien busco y á quien amo!

Por lo demás, lo que la joven decía interiormente en el secreto de la oración, iba bien pronto á declararlo en voz alta. Ya hemos dicho que Liduvina era de

rara belleza, y que había en sus facciones y en toda su persona una mezcla armoniosa de gracia y distinción. Pero un encanto que valía todavía mas, era su caracter elevado y reflexivo, templado no obstante por la mas amable amenidad. Además, se sabía que en los negocios, y en la dirección de una casa poseía en alto grado esa ciencia doméstica y ese tacto inteligente que da tanto valor á una mujer. Por otra parte, todas esas cualidades, hermosura, inteligencia, y caracter, estaban coronadas con una aureola tan atractiva de modestia, que á pesar de sus esfuerzos por permanecer ignorada, la joven atraía sobre sí la atención pública. Muchos jóvenes de distinción pensaron que una mujer como esta, aunque pobre, valía mas para su dicha y para la vida real que todas las elegantes disipadas, tan ligeras en sus fiestas, no reconociendo en éstas mas que ligerísimos méritos. La mano de Liduvina fué pues pedida á su padre. Como hombre prudente, Pedro no se violentó; mas al fin, apremiado por instancias reiteradas, y tal vez tentado por el atractivo de la fortuna que se le ofrecía, cierto día llamó á su hija. "Hija mia, le dijo, no sin emoción, muchos jóvenes de las mejores familias de Squidam piden tu mano; yo creo que harías bien en pensar en esto y ya me dirás tu elección.—Mi elección, decís? respondió vivamente Liduvina, ah! padre mio, ahora ya es tarde pues mi elección está hecha! No es á un hombre, sino al rey del cielo á quien yo quiero estar unida; y él es quien ha recibido ya mis juramentos. Oh mi buen padre, continuó la joven tomándole y besándole las manos: sí me amais..... y no es así? vos amais tanto á vuestra hija! yo os conjuro á que no me habéis mas de matrimonio, pues que estimo mucho el tesoro de la virginidad para darlo á un esposo mortal." Pedro se

sentía conmovido, y no obstante, insistía; mas Petronila estaba allí y aprobaba los votos de su hija. Pedro, le dijo, no instemos mas á Liduvina, ella es en verdad muy joven, muy piadosa sobre todo, para violentarnos. Esta es nuestra hija única; mas si es necesario, por qué no dársela al Dios único? por qué no la dejáremos consagrarse á él para siempre?—Ah gracias! exclamó entonces la joven con transporte, mil y mil veces gracias, madre mia muy amada! Sí; de Jesús quiero ser, nada más que de Jesús: dejadme decirlo; no hay hombre viviente que pudiese forzarme á ser de otro que de Jesús. Oh! si alguno quisiese obligarme, añadió ruborizándose, bien sé lo que haría! Pediría y suplicaría tanto á mi Dios, que él me enviaría una deformidad tan repugnante que ningún hombre jamás me apeteciese!

Cuando es santa la infancia hay en ella como un perfume que embalsama y protege toda la vida!

CAPITULO IV.

DESIGNIOS DE DIOS.

Carrera de patines.—Liduvina dá una caída.—Enfermedad sobrehumana.—Sonder-Dank.—Los médicos se confiesan impotentes.—Una crisis.—Horrible complicación de males.—Nacen gusanos y se multiplican en la carne de la virgen.—Lección de caridad que dá á un hombre mundano.—Su amor á la verdad y milagro que lo recompensa.

HASTA aquí y por muy fervorosa que fuese Liduvina, aun no había recibido ningún don extraordinario